



UNIVERSIDAD NACIONAL
AVENIDA DE
MEXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

de la Peña, Luis (1991)
“LA EVALUACIÓN DE LOS CIENTÍFICOS”
en Perfiles Educativos, No. 53-54 pp. 54-57.

LA EVALUACIÓN DE LOS CIENTÍFICOS

Luis DE LA PEÑA*

En este ensayo se presentan algunas ideas personales sobre la naturaleza y propósito de la evaluación que se, está llevando a cabo en las universidades públicas, cuyos propósitos no están claramente enunciados.

Como consecuencia de este proceso de evaluación en el que nos hemos visto inmersos, se analizan algunas de las consecuencias que se generan en el trabajo académico, mismas que afectarán considerablemente la esencia del trabajo académico.

Agradezco la invitación para participar en este seminario y a la vez pido una disculpa por no haber estado presente hasta este momento; mi intención era asistir al menos a una parte, pero desgraciadamente otras actividades me lo impidieron. Voy a hablar a título personal y a presentar algunos puntos de vista muy personales; creo, sin embargo, que de alguna manera, aunque la opinión sea personal, refleja un sentir que percibo extendido en el medio en que me muevo, el medio de los científicos. Voy a hablar como un evaluado cautivo, de estos que hoy somos muchos -varios miles - y voy a pedirles por favor que si repito o digo cosas que ya se han dicho aquí, consideren que no he estado presente, no las he oído; les pido disculpas por anticipado.

Creo que todo mundo aceptamos la evaluación no sólo como una necesidad, sino como un mecanismo fundamental de retroalimentación y de corrección para la planificación; de hecho, es parte esencial del proceso de planificación. La Universidad la ha usado muchas veces durante muchos años para estos propósitos; ha estado incluso de moda. En otras ocasiones, hace algunos años -por ejemplo en la época del doctor Soberón el énfasis se ponía en la planificación; hoy, por razones que siento extra universitarias, el énfasis se pone en la evaluación, es decir, en el mecanismo, más que en el objetivo. Sin embargo, está claro que por su propósito, la evaluación tiene que ser practicada por organismos y personas apropiadas, con objetivos explícitos y predefinidos. El punto fundamental es que sabemos que este momento se está evaluando a nuestra Universidad y a todas las universidades del país, pero todavía no sabemos cuáles son los objetivos que debemos alcanzar, cuál es la universidad que se está buscando. Es claro que se trata de un proceso general, que se aplica a todas las universidades públicas, que viene de arriba; para convencernos, basta ver lo que está pasando en diversas universidades (incluso en otros países) y recordar declaraciones de la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP) sobre la necesidad de aumentar la eficiencia del aparato educativo; o bien, recordar resoluciones de los últimos años de la ANUIES en este sentido o, si prefiere, leer el libro de Todd y Gago (publicado apenas el año pasado) *Visión de la universidad mexicana*, el que básicamente es una crítica a la falta de autocrítica de los rectores de las universidades miembros de la ANUIES, en donde los autores terminan diciendo que el objetivo de su estudio es mostrar la necesidad de que se evalúen esas universidades que por falta de autocrítica no se han evaluado. Se trata, pues, de poner en orden a los rectores, y pareciera que ya nos están poniendo en orden a todos.

* Miembro del Instituto de Física de la UNAM.

No se trata entonces de un ejercicio de autonomía universitaria, sino fundamentalmente del acatamiento de una política general, dirigida hacia objetivos que todavía no están claramente prefigurados, cuando menos para el lego. Probablemente haya quienes conocen tales objetivos, pero nosotros, los evaluados, no sabemos para qué somos evaluados. Es difícil por ahora saber adónde nos están llevando; ésta es quizá la parte más trágica de todo esto: solamente vemos los resultados de la evaluación a través de aspectos muy particulares y principalmente a través de la política de estímulos; éste es casi el único resultado claro para nosotros. Hay otros, pero son también menores o al menos, muy parciales; por ejemplo, en el área de ciencias se dio alguna oportunidad para revisar criterios, hacerlos públicos, y fijarlos claramente; revisión que pienso tiende en efecto a superar o corregir deficiencias, algunas de ellas viejas; en ese sentido es un paso adelante. Sin embargo, es claro que eso se pudo y debió haber hecho sin necesidad de estar inmersos en un proceso universal (y demandado desde el exterior) de evaluación. De hecho, era voluntad declarada de la Universidad el hacerlo. Tómese en cuenta que nos referimos a la revisión de problemas que debieron y pudieron haberse corregido hace mucho tiempo, como el tan frecuentemente mencionado de que hay investigadores que no producen, o profesores que no cumplen, o investigadores que no enseñan; son problemas todos ellos superables sin la necesidad de poner en marcha un mecanismo de evaluación de esta magnitud, de esta trascendencia.

Me gustaría pasar, después de estas consideraciones generales, al aspecto muy específico de estímulos, porque me siento obligado a hacerlo. Creo que, en efecto, aunque sea circunstancial, el problema es suficientemente importante y trascendente como para que valga la pena que recapitemos detenidamente sobre él en este Foro. Me voy a permitir por lo tanto platicar un poco sobre él y expresar algunos puntos de vista personales al respecto.

Siento que, independientemente de que se hayan tal vez logrado mejorar criterios de evaluación o algún otro engrane académico, desgraciadamente en la práctica sucede algo así como que estamos tirando al niño con el agua de la bañera. Con el proceder adoptado se ha producido un descontento y un malestar generalizados, que reflejan algo, que dicen algo. Creo que vale la pena tratar de entender qué es lo que dicen y reflejan estos sentimientos y reacciones. De hecho, percibo que la mayoría de las personas afectadas ha recibido el llamado estímulo fundamentalmente como un aumento discriminado de salario, y más como un castigo que como un premio. Se está aplicando el procedimiento en un momento de grave deterioro salarial y agudo desencanto, en un momento en que las dudas sobre el sentido de emprender o proseguir una carrera científica son mayores. Es un hecho que en los últimos años los premios han estado creciendo y las perspectivas reduciéndose para los investigadores; consecuentemente la gente está pensando qué está haciendo, a dónde va, qué perspectivas sobreviven. Esto, en particular, lo están viviendo también los jóvenes y lo vemos; vivimos, una época en que el número de jóvenes que son atraídos hacia la tarea científica se reduce sistemáticamente a un nivel alarmantemente bajo. Los jóvenes se están alejando de la carrera científica precisamente en el momento en que, por las condiciones y programas nacionales e internacionales, la Universidad debería contemplar un amplísimo programa de expansión y multiplicación de su actividad científica, de renovado impulso y revalorización de su actividad en - investigación. En un momento como éste, se están estrechando perspectivas y libertades a la investigación, y se está permitiendo que crezca, que cunda un descontento mayor. Hoy en día, nuestra tarea mas importante y urgente es atraer a amplias capas de jóvenes hacia la investigación, tanto científica como tecnológica y humanística. (No olvidemos que la edad media de los investigadores de los institutos de ciencias, está arriba de los 42 años en la actualidad, y que por la falta de renovación, esta edad aumenta casi a ritmo de calendario.) Cumplir esta tarea requiere, entre otros factores, de un ambiente propicio, atractivo, estimulante, de libertad y creatividad. Mucho me temo que el ambiente que se propicia con las medidas puestas en práctica vaya en el sentido opuesto. Estas medidas, estoy seguro, se han adoptado con la mejor de las intenciones, de ello no dudo en lo absoluto; sin embargo, me temo, y tampoco dudo de esto, comienzan, ya a perfilarse y valdría la pena que tratáramos de ver con claridad para precisar la magnitud y sentido de lo que está sucediendo.

Siento, por un lado, que un método de estímulos como el que se está aplicando, no va a corregir al irresponsable o al incapaz; estas personas las hay, no son muchas, pero las hay. El irresponsable o incapaz va a aprender a justificarse y a acomodarse a la nueva situación, como lo ha hecho hasta hoy; algunos de ellos quizá puedan no sobrevivir, pero la mayoría, que ha sobrevivido al sistema, seguirá sobreviviendo pese a estas medidas. Es gente, por ejemplo, que tiene "chambas" en el exterior y no va a dejar de tener su "chamba" extra por dos salarios mínimos adicionales; al contrario, va a tener ahora el argumento de que "ya fui evaluado y me aprobaron como estoy"; adelante, pues, "ya tengo el permiso para seguir como estoy". Pero hay varios puntos que son más graves; dos o tres de ellos quisiera tocarlos con bastante más detalle. Uno es que por necesidad —y es imposible evitarlo—, los criterios de evaluación del tipo que se están manejando y casi los únicos que se puedan manejar, priorizan la cantidad respecto de la una calidad. Para convencernos de que esto es inevitable, basta pensar que no hay posibilidad real de elegir comisión dictaminadora alguna, en ninguna parte, capaz de juzgar a todas las personas que tengan que ver con su actividad, de manera ecuaníme, con conocimiento, estudiando y evaluando cada uno de los trabajos, apreciando su valor intrínseco, las perspectivas y aportaciones de cada uno de ellos; los comisionados no tienen ni la preparación, ni la capacidad, ni el tiempo, ni las posibilidades materiales de hacerlo; en cada caso tendrían necesariamente que adoptar como dominante el criterio cuantitativo: tú publicaste un artículo, tú dos; tú diste una clase, tú diste dos, y comenzamos a sumar cuentitas y en función de la suma de las cuentitas vamos a calificar. Necesariamente la práctica será así; el método seguirá propiciando y estimulando cantidad en detrimento de calidad y, como respuesta natural, los evaluados se irán por la cantidad, ¡van a irse por la cantidad!.

Permítanme referirme a un símil extraído de una experiencia muy reciente. Me acaban de invitar a una universidad de provincia a dar unas conferencias; al recibirme y casi como disculpa, me explicaron que habían reservado el mejor hotel posible dentro de las limitaciones presupuestarias de la universidad. Cuando llegué al hotel descubrí que lucía estrellas; se supone que todos sus servicios e instalaciones son de muy buena calidad, con muchas cosas a su favor, como lo adelantan sus tres estrellas. Pero cuando comencé a vivir en él, descubrí que todo era realmente de calidad ínfima; todo estaba acabado, agotado por el uso; se trataba de un hotel envejecido, empobrecido, descuidado, mal administrado y mal llevado. Pero sigue luciendo las tres estrellas que corresponden a los servicios que, en principio, ofrece, o que algún día ofreció. Bueno, me temo que eso es lo que vamos a producir; vamos a producir investigadores de muchas estrellas, estrellas muy chiquitas, pero muchas, muchas, muchas. Ése es el peligro que corremos, porque para evaluar los hoteles lo que importa es si tiene esto u ofrece aquello; y se van sumando los puntos hasta llegar a sus tres estrellas, aunque ya nada funciona; es el mismo mecanismo el que estamos siguiendo, propiciando con ello el producir investigadores de muchas estrellitas, que pueden resultar muy chiquitas, estrellitas muy devaluadas por el uso. Corremos el riesgo de propiciar que el joven, sobre todo él, trabaje para el puntaje, para el currículum y no para su obra científica. El mecanismo no propicia la obra de gran aliento, más bien la inhibe, pues la obra de gran aliento requiere preparación, tiempo, severidad con el propio esfuerzo y no preocuparse por cómo estoy formando a la gente que va a participar conmigo en esta obra, cómo me estoy formando yo, cómo estoy profundizando en el tema, hacia dónde estoy yendo, demanda con frecuencia un trabajo crítico y serio sobre lo que estoy haciendo y han hecho los demás, lo cual puede requerir mucho tiempo y mucho esfuerzo preparatorio y formativo antes de comenzar a dar resultados. Pero se está no sólo inhibiendo este tipo de trabajos, se está también fomentando un individualismo extremo, con la insistencia en que lo que importa son los puntos que yo voy a ganar: si no colaboro contigo ni colaboro con la institución, gano más puntos porque hago más cosas que reditúan puntos. Este punto del individualismo resulta, así, institucional, se fomenta institucionalmente.

Se está impulsando, pues, un modelo y tipo de investigador que no sabemos cuál es y no se nos especifica. Y las preguntas que me hago son: ¿es éste el investigador que queremos y necesitamos?, ¿es éste el investigador que debe formar la Universidad? Y me asalta a la mente un ejemplo, extremo sí se quiere, pero legítimo. Es el caso de la India; ustedes saben seguramente que

la India es el país que tiene el mayor número de científicos en el mundo, salvo la Unión Soviética y Estados Unidos; el tercer puesto en el mundo por número de científicos activos. Y, ¿donde está la obra científica de la India?, ¿cuándo han sabido ustedes de algún trabajo científico indio muy importante?, ¿cuándo han sabido de investigaciones esenciales, fundamentales, de grandes aportaciones científicas de la India? ¡Pero India ocupa el tercer puesto en el mundo por número de científicos! Una de las razones de este resultado es que en la India —y estas son afirmaciones no mías, sino hechas por gentes que han estudiado el fenómeno científico de la India - los sistemas de evaluación fueron formulados cuantitativamente; exigían números, exigían mínimos; jamás se privilegió calidad. Y ahí está el resultado. Yo creo que ese no es el ejemplo de lo que buscamos ni de lo que necesitamos; consecuentemente, vale la pena que pensemos un poco más lo que estamos haciendo.

Por otra parte, siento —y permítanme una vez más recurrir a un ejemplo que viví también en lo personal, para explicarme un poco mejor— que se está aplicando un método de tabla rasa. Es cierto que hay personas que producen poco, o que producen mal, o que trabajan poco; pero no por eso hemos de evaluar repetidamente a todos y exigir que todo mundo elabore varios informes anuales, que pierda 5 ó 10 por ciento de su tiempo preparando documentos probatorios de cada cosa que ha hecho. Hace algún tiempo me pasó durante tres ó cuatro años que mi oficina de Hacienda me convocó -en términos por demás perentorios por el mes de mayo o junio para que demostrara que había pagado mis impuestos (ahí también soy cautivo y pago puntualmente en abril). La primera vez me aguante, la segunda protesté, la tercera vez ya me enoje mucho más, pero la cuarta pasé a ver directamente al director de la oficina, para protestar ya realmente molesto. ¿Cómo pueden estar molestándome año con año, sí yo pago regularmente mis impuestos?, pregunté; el director me pidió disculpas y me explicó que no contaban con un mecanismo para saber quién pagó y quién no pagó, por lo que tenían que llamar a todos, hubieran o no cumplido. Bueno, eso no se vale; no es ni justo ni productivo. Aquí pasa lo mismo: nos tienen que juzgar reiteradamente a todos porque no cuentan con un mecanismo adecuado para detectar a los que no cumplen. Eso no se vale; hay que buscar otros mecanismo que garanticen el debido respeto al científico, que le den el lugar que le corresponde. Siento, en particular, que la experiencia y el programa de trabajo de un investigador que ha dedicado 20, 30 ó 40 años a la Universidad, deben ser respetados, y que este respeto debe reflejarse en un salario fijo y decoroso, que debe darse en la práctica cotidiana, no sólo en los festejos o en los homenajes. Se le respetará y estimulará, por lo contrario, cuando se le promueva como ejemplo entre los jóvenes, y no se le demande que, después de 30, 40 ó 50 años de estar sirviendo cotidianamente a la Universidad, tenga que estar mostrando a cada paso que hizo su trabajo. Siento que el actual no es el trato más conveniente que la Universidad puede dar a sus investigadores y a sus profesores; siento que está alejándolos separándolos y que esto va en contra de lo que la propia política oficial señala. En estos momentos, nos dicen que se están elaborando proyectos, grandes programas para lograr que regresen al país los investigadores emigrados, los talentos que hemos perdido. Pero mientras estamos tratando de trabajar para que regrese al país el talento que ha emigrado, estamos aquí maltratando al talento nacional, al que se ha quedado en casa. Yo creo que así como invitamos al talento que se fue, hay que respetar al talento que ha optado por quedarse en casa.